

obsurecido en la región florida de perfumados valles, pobre y misericordioso, vive el Cura párroco, el Sacerdote rural, sin poder dar paso á veces en dos meses por los puertos de nieve que le rodean su pequeña casa.

Médico del alma, ni tiene día de descanso, ni conoce noche de reposo completo.

Le llama el niño que toca con su infantil manecita la fuente bautismal, pidiendo la regeneración cristiana y la cándida investidura de su inocencia.

Le llama el alma dolorida y conversa que solicita el perdón de Dios, en el tribunal de la penitencia, para que rompa las cadenas de la culpa y la devuelva la dignidad de hija del Altísimo y heredera de las mansiones eternas.

Le llama el alma redimida que suspira por el pan de los Angeles y por el Cordero inmaculado, ofrecido diariamente por vivos y difuntos en el altar tremendo.

Le llama la criatura que en amor casto á otra criatura se une en indisoluble lazo pidiendo humilde la bendición que consagre el suspirado matrimonio.

Le llama el criminal en su calabozo para abrir los cancerados senos de una conciencia endurecida por el crimen y ablandada por la misteriosa nota de un sincero arrepentimiento.

Le llama el agonizante, presa de las convulsiones de estertor final, y que, con los ojos más que con los labios, pide la recomendación misteriosa de su alma á Dios.

Le llama el moribundo, casi yerto y apenas sin movimiento, lleno su rostro de frío sudor, que suspira para que le administre la ansiada Extremaunción.

Le llama el condenado á muerte que necesita, cerca de sí, en el banquillo del suplicio, al hombre de la paz evangélica y el perdón por el amor de Dios.

Todo lo ha de afrontar el humilde pero glorioso y bendito Párroco.

La noche en su obscuridad profunda; el hielo, la nieve, el silbido de las balas, los horrores del huracán, el calor sofocante del estío, las asechanzas del asesino, el desprecio de los caciques de la aldea, la befa de los ignorantes, los denuestos de los incorregi-